

**PEREGRINACION A LAS RUINAS.
DIARIO DE UN TESTIGO.
LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS**
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, octubre de 1914.

*Gegen Belgien mit Wut
Gegen Frankreich mit Mut.
A los belgas con furor
y a los franceses con valor.)*

Pocos días después de la toma de Amberes, un amigo, que sería indiscreto señalar por el momento, consiguió un permiso de la autoridad alemana para recorrer en automóvil (**Nota**), acompañado por varias personas, la región comprendida entre Bruselas, Amberes y Lovaina, con facultad de detenerse donde quisiera. Uno de los pasajeros iba a ser afortunadamente yo, y digo

afortunadamente, por



mucho que fuera a visitar el teatro de una inmensa catástrofe, porque hasta entonces me había sido imposible realizar en toda su amplitud mi misión periodística, y mi vieja sangre de repórter me hervía en las venas, como allá en la juventud (**Nota** : nacido en 1867, tiene 47 años).

Salimos de Bruselas muy de mañana, cuando la ciudad, condenada a la inacción, dormía o parecía dormir aún, con sus calles desiertas y sus puertas cerradas ; el automóvil corría pues sin tropiezo, como en una carretera, en el centro

mismo, que hasta hace poco presentaba durante las horas matutinas, a causa de los mercados y la afluencia provinciana, un cuadro de animación casi febril.

Pero no habíamos salido aún de la ciudad cuando ya los centinelas alemanes apostados en las grandes arterias nos habían detenido repetidas veces para examinar nuestros papeles con minuciosidad escrupulosa, mientras sus ojos recelosos nos escudriñaban como si quisieran penetrarnos hasta el fondo del alma. Cuando mi hijo mayor (**Nota :** Roberto), que iba en el pescante para presentar los pasaportes, les hablaba en alemán, se dulcificaban al punto, pues los invasores consideran que el conocimiento de su lengua es una prueba de simpatía, si no de connivencia.

Pasamos Schaerbeek que no ha sufrido nada ; Lembeek (Vlezenbeek ?), indemne también ; Vilvorde, algunas de cuyas casas presentan anchas heridas abiertas por los cañonazos y en cuyas calles suelen verse huellas semiborradas de las trincheras en que se había combatido semanas antes.



Eppeghem (**Nota**) fue la primera población que encontramos destruida en nuestro camino. Las casas se mantenían aún en pie, pero la mayoría sin techos, con enormes boquetes en las paredes, las puertas descerrajadas,

las ventanas rotas, los vidrios hechos añicos, los muebles desvencijados y amontonados en el interior, abierto a todo viento. Algunas habían ardido desde el sótano al granero, y no caían no sé por qué milagro de equilibrio de sus muros ennegrecidos y calcinados. No se veía un alma. No se oía un rumor. Era la soledad de una ruina antigua, sin belleza, y el corazón comenzó a oprimírse nos ante ese primer cuadro de la guerra moderna.

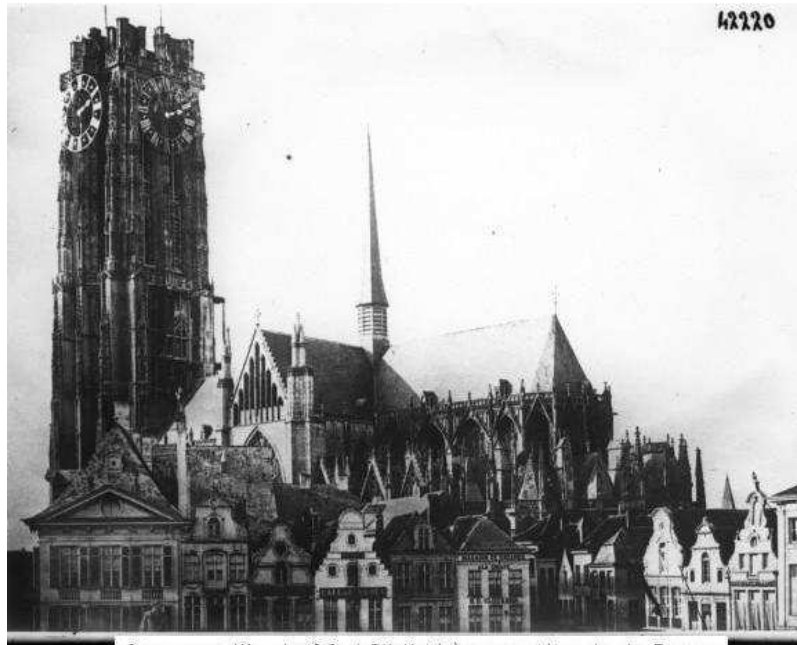
Pero esto no es nada todavía. Después de la aldea de Sempst (Zemst), destruida como Eppeghem, llegamos a Malinas (Mechelen).

Entramos en la bonita y plácida ciudad arzobispal, tantas veces visitada en tiempos mejores, por calles mudas y desiertas, cuyas casas abrían sus puertas y ventanas como grandes bocas que intentaran en vano lanzar un clamor. Los vidrios habían caído hechos pedazos por las vibraciones del cañón, las puertas estaban destrozadas a culatazos, las paredes llenas de

cicatrices del granizo de las ametralladoras, medio derrumbadas por los cañonazos, ahumadas por el incendio.

Algo más adelante, los escombros retirados a ambos lados de la calle dejaban estrecho paso al automóvil, que amenazaban las fachadas bamboleantes de las casas, prontas a caer sobre nosotros.

Pero nuestro dolor rayó en la estupefacción cuando llegamos al centro de la ciudad. La catedral se mantenía aún en pie, pero ¡ en qué estado ! El techo era un harnero, los muros habían sido perforados de parte a parte por enormes proyectiles, la torre presentaba un boquete lamentable, una herida al parecer mortal, las magníficas vidrieras de colores habían caído pulverizadas, y en las altas ojivas sólo quedaban las armazones de alambre que antes sostuvieran aquellos espléndidos cuadros hechos con luz ...



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Una bomba, como por burla, había hundido en el centro del templo la tumba de un noble antiguo, sepultándolo así dos veces ... El interior de la catedral era un desconsuelo, la penumbra mística de otrora, tamizada por las vidrieras multicolores, había dado su lugar a una claridad cruda y fría, que entraba a torrentes por el techo derrumbado y quemado, por los ventanales abiertos, por

los disformes agujeros de las granadas ... Todo parecía polvoriento, miserable, muerte, y el magnífico púlpito de madera esculpida resultaba un grotesco aparato de feria.

Una guardia alemana estaba a la puerta y grupos de soldados cruzaban sus naves sonoras con gran ruido de botas y de armas ; varios obreros preparaban alguna reparación urgente, para evitar posibles derrumbamientos ; uno que otro vecino asomaba curioso, como con miedo, siguiendo nuestros pasos, pero sin atreverse a entrar en el vasto templo, que parecía más grande aún, así desmantelado.

Salimos ... El espectáculo que nos aguardaba era más siniestro aún. El antiquísimo *Hôtel de Ville*, joya del arte gótico del siglo XII, convertido en museo comunal, ostentaba anchas heridas en su viejo frontispicio historiado, en sus torrecillas, en sus muros laterales. Más lejos, el centro de la ciudad, tan lleno de carácter con sus fachadas escalera de estilo flamenco,

habían desaparecido, no era ya literalmente más que un montón de escombros del que surgían algunas paredes y una que otra casa desventrada, en cuyos pisos superpuestos y abiertos a todas las miradas se veían muebles, colgaduras, camas y cunas, juguetes de niño y herramientas de trabajo. El maniquí forrado en tela roja de una modista parecía un cadáver bañado en sangre ...

No se reconocían los barrios centrales sino por uno que otro indicio, una fachada en pie, una muestra caída, un letrero a medio quemar. El frontispicio Renacimiento de la iglesia desafectada de San Nicolás convertida en hotel de ventas (casa de remates) indicaba sólo el sitio de la arcaica plazuela, tan peculiar. La infeliz Malinas había sido bombardeada repetidas veces y no quedaba de ella nada de lo verdaderamente característico si no es el carrillón, hoy mudo. En sus calles se encontraban apenas unos cuantos transeúntes, volviendo después de la fuga y buscando sus casas en medio de los escombros ...

Dejamos atrás aquella desolación y avanzamos entre ruinas, montañas de cascote, piedras calcinadas, no sin tener antes que exhibir sin tregua los pasaportes, examinados con ojo avizor por los soldados alemanes, todos ellos de la infantería de marina. El único monótono comentario que se nos escapaba era : " ¡ *Qué horror ! ¡ qué horror !* ", y sin embargo habíamos llegado harto tarde para encontrar aquellas ruinas sembradas de cadáveres destrozados. No veíamos más que la materialidad exterior de aquella catástrofe provocada por la mano y ¡ ay ! la inteligencia del hombre.

Cruzamos luego la aldea de Waelhem (Walem), sin detenernos. Estaba destruida también, los mismos graciosos bosquecillos que la circundaban habían desaparecido, así como las cabañas y las granjas de los alrededores, derribadas para despejar el campo de tiro del fuerte. Sólo una "*villa*" de estilo alemán – el mismo estilo del pabellón de Alemania en la exposición de

Bruselas de 1910, salvo que el techo de aquella es de paja – se mantenía en pie, sana y salva, como un sarcasmo y un desafío.

El fuerte de Waelhem (Walem) se veía como una excrecencia arenosa del terreno, amarilleando a lo lejos, con la bandera prusiana al viento sobre una de sus cúpulas. No pudimos acercarnos a él porque las guardias lo impedían. Todas las inmediaciones estaban cubiertas con espesos laberintos de alambre de púa, agudas estacas clavadas en el suelo para impedir el paso de la caballería, zanjás, trincheras, abrigos. A cierta distancia, el agua de la inundación brillaba como un espejo turbio bajo la luz cenicienta del cielo. Una ancha tierra de labor estaba materialmente arada por los cañones del fuerte, en una extensión de varias hectáreas, con surcos circulares de más de un metro de profundidad, diríase un mapa en relieve de la luna.

Sobre la aldea no insisto : estaba arrasada, sin un

solo ser viviente. También es cierto que no hubiera encontrado en dónde refugiarse ... Muchas casas se habían enterrado en sus propios sótanos, quién sabe si sepultando con ellas a sus desdichados habitantes, pues todos han buscado asilo en los subterráneos.

Waerloos, algo más lejos, estaba destruido también. En cambio Contich (Kontich) y Vieux-Dieu (Oude-God), en las inmediaciones de Amberes, no habían sufrido nada.

Entrar en Amberes fue como entrar en un cementerio donde durmiesen tan sólo muertos ya olvidados. Sus calles, siempre llenas de una multitud atareada, cruzadas vertiginosamente por carros, automóviles, carruajes y tranvías, eran un desierto, que sólo animaban dramáticamente de rato en rato grupos de oficiales o patrullas de soldados alemanes. Las puertas de la estación eran otras tantas trincheras, y por entre las bolsas de tierra asomaba el cuello una negra ametralladora, amenazando las calles. El jardín zoológico, cuyas fieras fueron muertas cuando el

bombardeo, por temor de que, escapando, agravaran la catástrofe, estaba convertido en ambulancias de la Cruz Roja. En el puerto, los vapores y veleros amarrados semejaban flotantes cadáveres de buques, los muelles estaban atestados de carros abandonados, las vías férreas llenas de vagones, y en ninguna parte nadie, nadie.

La mayoría de las casas de comercio, tanto en el centro como en los suburbios, estaba cerrada, y en las de familia no se veía un alma. Es que casi la totalidad de la población huyó, parte antes del bombardeo, el resto cuando las primeras bombas comenzaron a hacer estragos, cayeron sobre el palacio de justicia, incendiaron manzanas enteras, y sembraron aun más el pánico que la muerte. Sólo en Holanda, el número de refugiados procedentes del norte de Bélgica se calcula por unos en seiscientos o setecientos mil, por otros en cerca de un millón. Un médico amigo mío, a quien fui a ver en Amberes, me recibió en la puerta, nervioso, excusándose :

- *Estoy curando a un herido, sin asistente, sin enfermero.*

Mis sirvientes se han ido y no tengo con quien reemplazarlos. Yo mismo debo asear y arreglar la casa, dar de comer a los animales, atender a la puerta. ¡ Es una vida infernal ! Y esto dura, esto dura. De veras que no sé cómo hacer con mi clientela, mis atenciones, mi casa ... Discúlpeme, querido amigo, si es que no puede ayudarme a entablillar al paciente, que me espera en un grito y que tiene el brazo hecho astillas ...

Víctimas, en una u otra forma, de la toma de Amberes, cuyo bombardeo empezó en la noche del 7 de octubre y duró treinta y seis horas, es decir hasta la mañana del 9. Las fuerzas belgas se habían retirado en buen orden de la plaza y la ciudad estaba indefensa.

Como la población había huido, las desgracias personales fueron pocas, pero un destino fatal quiso que entre las víctimas cayera el canciller de nuestro consulado, M. Lemaire, en las circunstancias que ya he tenido oportunidad de referir (**Nota**). Retirado el ejército, e incapaces los fuertes

restantes de oponerse al ataque de los enemigos, inútil era dejar que se destruyera completamente la ciudad, así es que, a falta de otros funcionarios, pues los mismos consejeros municipales habían escapado al bombardeo, el burgomaestre De Vos, acompañado por nuestro cónsul general, señor Augusto Belín Sarmiento, y por los cónsules generales de Estados Unidos y de España, salió en automóvil, dirigiéndose hacia las líneas alemanas, el 9 de octubre por la mañana, bajo las bombas que cruzaban el cielo en todas direcciones. Difícil les fue entenderse con el oficial de alta graduación, un general, según creo (**Nota**: von Beseler), que los recibió, pues ninguno de los parlamentarios hablaba el alemán, y el jefe en cuestión ignoraba el francés. Con todo, el bombardeo cesó, que era lo importante, y los alemanes entraron en Amberes desierta, aquel mismo día.

Para precaverse contra toda posible sorpresa, los alemanes enviaron adelante una docena de grandes ómnibus automóviles cargados de soldados, que entraron

por la Puerta de Malinas. Más tarde siguieron algunos contingentes de importancia, pero el grueso de las fuerzas no entró sino al día siguiente. El general von Schutz, gobernador militar de Amberes, y el almirante Ludwig von Schröder, rodeados por sus estados mayores, pasaron revista en la plaza de Meir, delante del palacio real, a sesenta mil hombres, cuyo desfile duró cinco horas. Cada regimiento iba con su banda de música a la cabeza. Detrás de la artillería de campaña y las ametralladoras pasaron primero la caballería, los coraceros con sus cascos y corazas de acero, los húsares, los uhlanos con sus largas lanzas adornadas con la banderola prusiana, enseguida las compañías de desembarco, los fusileros de marina y, por último, la infantería bávara, con uniforme azul oscuro, la infantería sajona, con uniforme celeste, los austriacos, con uniforme gris plata.

La ocupación alemana era completa.

Esta dolorosa rendición resultaba inevitable. La guerra actual ha venido a demostrar la ineficacia de las fortalezas

para resistir a la gruesa artillería moderna. En cuanto el enemigo logra emplazar sus cañones, el fuerte aparentemente más inexpugnable cae hecho polvo, y no hay cúpula de acero, por bien templado que esté, que no salte como una granada bajo los proyectiles de 42. Es lo que ha ocurrido con las fortificaciones de Amberes, cuyo sitio duró apenas doce días (desde el 25 de septiembre), es decir, el tiempo que tardaron los alemanes en colocar sobre plataformas de cemento sus formidables piezas.

El único medio de defender la plaza era impedir la colocación de los cañones por medio de continuos ataques del ejército de campaña ; pero éstos no se hicieron o no tuvieron la eficacia deseada. Primero cayó el fuerte de Waelhem (Walem), enseguida el de Wavre-Sainte-Catherine (Sint-Katelijne-Waver), por último el de Lierre :

el ancho boquete abierto así, tan vasto que su parte central estaba completamente al abrigo del fuego de los fuertes restantes, permitía a las piezas alemanas bombardear con toda

impunidad la ciudad misma, como lo hicieron durante treinta y seis horas mortales, una eternidad para los pocos habitantes que quedaban en Amberes. El tiro contra los fuertes era extraordinariamente seguro, aunque las grandes piezas alemanas estuvieran emplazadas a doce kilómetros de distancia. Los alemanes conocían aquellas obras en todos sus detalles, tenían planos al milésimo de la región, levantados por su propio estado mayor, y aun se asegura que en los sitios adecuados para instalar sus tremendas baterías existían construidas desde mucho tiempo atrás las plataformas de cemento necesarias para sostener los cañones que de otro modo a cada disparo se enterrarían en el suelo.

Tan a fondo conocían el terreno, que el primer tiro contra el fuerte de Lierre cayó solamente cien metros más allá de la cúpula principal, el segundo quince o veinte metros antes de llegar a ella y el tercero dio en pleno blanco dejándola instantáneamente inútil. El proyectil – según los datos de nuestro attaché militar, coronel Bravo, que ha

tenido oportunidad de ver sus efectos – atravesó un terraplén de siete metros de tierra apisonada, un cinturón de cemento de dos metros de espesor, y el blindaje de acero templado, grueso de 45 centímetros. Estalló en el interior de la cúpula, poniendo fuera de servicio a la artillería, y aun tuvo fuerza para hacer saltar con uno de sus cascos un fragmento de la cúpula del lado opuesto a su entrada. Esto último – dice nuestro coronel – lo afirmó el oficial alemán que nos acompañaba ; pero a mí me parece que debe tratarse de otro proyectil. La primera parte de sus estragos, en efecto, es ya bastante para demostrar que nada puede resistir a semejante empuje.

El tiro era dirigido desde varios puestos de observación, instalado uno de ellos en la torre de la catedral de Malinas, y consistentes otros en globos cautivos y aeroplanos. Como ya dije, la única salvación hubiera consistido en escaramuzas y ataques capaces de

impedir la colocación de las piezas ; pero según se ve, en el campo de batalla los combates de infantería han sido poco frecuentes y de muy escasa importancia, pues no queda huella alguna de ellos ni en las trincheras ni sobre el terreno.

Volviendo a Amberes, agregaré que los zeppelines hicieron en ella pocos estragos, lo mismo que los aeroplanos. Según las impresiones recogidas hasta este momento, parece que los aparatos aéreos : globos, aeroplanos y dirigibles, no han prestado los servicios que se esperaba de ellos, si no es en la observación de las líneas enemigas ; como medio de ataque, lo que han realizado es relativamente insignificante. Veremos más tarde, cuando los estados mayores puedan hablar.

Después de almorzar – el pan, sea dicho de paso, escaseaba como en Bruselas, y, lo que es peor, no teníamos agua potable, pues los alemanes habían cortado los conductos de aprovisionamiento para impedir que se

apagaran los incendios producidos por sus bombas y apresurar así la rendición de la plaza –, después de almorzar, repito, recorrimos de nuevo la ciudad desierta, para ver las ruinas, cuya enumeración no haré. Los de Amberes creen, naturalmente, que los estragos son formidables, pero para nosotros, que acabábamos de contemplar los escombros de Waelhem (Walem), de Malinas, aquello era apenas un arañazo sin importancia. Un arañazo, sin embargo, que vale millones.

Y, siguiendo nuestra dolorosa peregrinación pasamos rápidamente por Hoboken, Wilrijk y Vieux-Dieu (Oude-God), que no habían sufrido nada ; numerosos campesinos, empujando sus carretas o arreando sus vaquitas, parecían volver al hogar ; por dos veces encontramos ancianos valetudinarios, un viejo venerable y un paralítico, llevados en carretillas de mano por sus hijos o sus nietos ...

Poco más lejos, Boechout estaba destruido, y Lierre

totalmente arrasado. Puede decirse que Lierre no se alza dos metros del suelo, que no es más que un montón de escombros, pues las pocas fachadas bamboleantes que surgen de entre ellos caerán inevitablemente al primer viento fuerte, completando así la nivelación alemana, la obra destructora más perfecta de que tenga noticia el humano saber. El terremoto es menos implacable, pues suele dejar en pie las cabañas humildes, si no los grandes monumentos. Afortunadamente, la linda y antiquísima torre del Hôtel de Ville de Lierre está indemne, por milagro ...

En el río quedaban restos de los puentes de barcas contruidos por los alemanes, y en sus aguas se veían algunas embarcaciones a pique, cadáveres flotantes de caballos, residuos de toda especie. Lo atravesamos sobre un puente de madera, improvisado por los ingenieros alemanes en sustitución del puente de mampostería volado por los defensores de la ciudad, y seguimos largo rato,

lentamente, entre escombros y paredes negras, más lamentables, más opresores que nunca. Entre el casquijo entreveíanse de vez en cuando uniformes belgas abandonados por los guardias cívicos, que antes de huir se disfrazaban de particulares, pues los alemanes amenazaban con tratarlos como francotiradores, no reconociendo su beligerancia, y someterlos a la ley de la guerra, que en este caso sería el fusilamiento.

Una buena flamenca se acercó con una alcuza en la mano a pedirnos un poco de bencina, probablemente para su lámpara. Apenas teníamos lo suficiente para el viaje, pero en cambio le ofrecimos algunas monedas que rehusó con altivez y cortesía. ¿ Dónde habitaba ? ¿ En qué rincón olvidado por la catástrofe pasaba su vida de miseria, sin víveres, sin abrigo ? ¿ Cual iba a ser su suerte ? ...

Y como otras tantas visiones de espanto pasaron luego ante nuestros ojos los restos informes de Koningshooikt, de Heyst-op-den-Berg, de Booischot, de Begijnendijk, de

Aerschot (Aarschot), escenarios de batallas, de bombardeos, de incendios, de saqueos, de matanzas. ¿ Cómo describirlos ? ¿ Cómo variar la monótona repetición de las mismas palabras : ruinas, escombros, montones de ruinas, hacinamiento de escombros ? ...

Nuestros ojos espantados tuvieron un descanso mientras pasábamos por los lugarejos de Gelrode, Wijgmaal y Wilsele, que no han sufrido nada. Antes ya habíamos visto algún campesino flamenco, insensible y terco probablemente, heroico y clarividente quizá, arando su campo para las nuevas cosechas ... Y el paisaje es el dulce, el cambiante paisaje de Bélgica, que acaricia los ojos ...

Algo más lejos fuimos detenidos a cada paso para pedirnos los pasaportes ; los centinelas alemanes se mostraban de una extraordinaria severidad, como si temieran un ataque. Es que estábamos a las puertas de Lovaina ... de lo que fue Lovaina, mejor dicho.

Todo el interesante barrio central de la vieja ciudad había desaparecido o poco menos, destruido por el cañoneo, el bombardeo, el incendio, y en medio de las casas arrasadas que lo formaban, a modo de pedestal, un montículo de ruinas se erguía integro sin un arañazo, como para demostrar que aquel desastre había sido no sólo voluntario, sino inteligentemente dirigido, el espléndido *Hôtel de Ville*, recién restaurado, con aspecto de joya nueva, libre por primera vez de sus andamios desde hace larguísimo tiempo, triunfante con su pueblo de estatuas, frente a la vieja catedral de San Pedro, casi totalmente derrumbada,



junto a la biblioteca de la universidad, quemada con todos sus tesoros impresos y manuscritos, y dominando la ciudad borrada del mapa.



Nunca habíamos visto el *Hôtel de Ville*, esculpido de

arriba abajo como uno de esos relicarios góticos en forma de arquilla, cincelados en plata, que se guardan religiosamente en los armarios de las viejas iglesias, o encerrados no menos herméticamente en las vidrieras de los museos, bajo la avizora vigilancia del guardián, nunca lo habíamos visto, digo, en todo su esplendor, en toda su integridad, y su belleza quizá harto delicada y preciosa era una terrible antitesis, así unida a la catástrofe ...

La vida se reanudaba, entretanto en Lovaina, con un ritmo lento y doloroso. Los escombros eran apartados a ambos lados para dejar paso en las que fueron calles ; algunos obreros trabajaban encarnizadamente sacando de los sótanos el carbón enterrado, porque el combustible escasea mucho en toda Bélgica, a causa de la paralización de las hulleras y más aún de la falta total de comunicaciones. Innumerables centinelas alemanes custodiaban las entradas y salidas de aquel laberinto de vigas a medio quemar, escaleras de hierro

retorcidas por el fuego, lienzos de pared derrumbados de una sola pieza, piedras, muebles destrozados ... Algunos mendigos – pocos – tendían la mano y pedían limosna como si se lamentaran. La mayor parte de los vecinos que recorrían las ruinas o se agrupaban en los sitios despejados tenían las más extrañas vestimentas compuestas de piezas distintas, tomadas al azar en los trances de la fuga, y por la calle de la estación, frecuentada hace poco por una muchedumbre alegre y bulliciosa compuesta en su mayoría de estudiantes, y en la que no faltaban los vestidos parisienses, no veíamos sino lamentables sombras, cubiertas casi de harapos ... Y la luz grisácea de la tarde, más vaga cada vez, agregaba a toda aquella tristeza una tristeza nueva y general, como si las cenizas a que Lovaina ha quedado reducida subieran hasta el cielo y lo empañara todo, llevando en cada átomo el clamor de la víctima.

Y con una sensación de angustia, volvimos silenciosos a Bruselas, como salía Dante a contemplar

las estrellas para reaccionar contra el horror de los infiernos.

Pocos días después de esta peregrinación a las ruinas más próximas a Bruselas, conseguí salir para Holanda (**Nota**), con el objeto de ponerme ¡ al fin ! en contacto con *La Nación*.

Desde las inmediaciones hasta lo que fue Visé, sobre la frontera holandesa, pasando por Lieja, cuyos alrededores han sido asolados, mis ojos vieron otros muchos cuadros de horror. Pero no me quedan ánimos para evocarlos ahora. Sólo acierto a repetir que Bélgica es una inmensa ruina, un campo de desolación, y que nunca, nunca, volverá a ser lo que ha sido, por bien que se le compense su heroico sacrificio, por mucho que sus laboriosos hijos se esfuercen por curar sus heridas.

Será otra, más moderna, más rica sin duda, pero ya no será la que conocí y amé antes de la brutal agresión, antes del salvaje ensañamiento de sus amigos de ayer (**Nota** : la

llegada de los Prusianos fue decisiva en la batalla de Waterloo para libertar a los belgas de los franceses).

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *La Guerra vista desde Bruselas ; diario de un testigo ; peregrinación a las ruinas (17)* » ; in LA NACION ; 04/12/1914.

PAYRO ; « *La Guerra vista desde Bruselas ; diario de un testigo ; peregrinación a las ruinas (18)* » ; in LA NACION ; 05/12/1914.

PAYRO ; « *La Guerra vista desde Bruselas ; diario de un testigo ; peregrinación a las ruinas (19)* » ; in LA NACION ; 06/12/1914.

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés :

« *un amigo (...) consiguió un permiso de la autoridad alemana para recorrer en automóvil (...) la región comprendida entre Bruselas, Amberes y Lovaina* » :

Será probablemente alguien quien trabajó al servicio de la futura **CRB**. Ver, e.o., en el volumen 1 de las memorias de **Brand Whitlock**, tituladas *Belgium under the German Occupation : A Personal Narrative* (1919) :

capítulo **54**. (“*The C.N. and the C.R.B*”).

Roberto J. Payró ya habló de Eppegghem, e. o., en :

<http://idesetautres.be/upload/19141120%20PAYRO%20DIARIO%20DE%20UN%20TESTIGO.pdf>

Roberto J. Payró ya habló de Malinas, e. o., en :

<http://idesetautres.be/upload/19141001%20PAYRO%20DIARIO%20DE%20UN%20TESTIGO.pdf>

Roberto J. Payró ya habló de Amberes, e. o., en :

<http://www.idesetautres.be/upload/19141010%20PAYRO%20DIARIO%20DE%20UN%20TESTIGO.pdf>

<http://www.idesetautres.be/upload/19141017%20PAYRO%20DIARIO%20DE%20UN%20TESTIGO.pdf>

<http://www.idesetautres.be/upload/19141115%20PAYRO%20DIARIO%20DE%20UN%20TESTIGO.pdf>

<http://www.idesetautres.be/upload/191412H%20PAYRO%20DIARIO%20DE%20UN%20TESTIGO.pdf>

Roberto J. Payró habló de la muerte en Amberes del canciller Lemaire, en « *Dos representantes argentinos muertos en la guerra* », in LA NACION ; 17/11/1914 :

<http://www.idesetautres.be/upload/19141007%20PAYRO%20DOS%20REPRESENTANTES%20ARGENTINOS%20MUERTOS%20EN%20LA%20GUERRA%20AMBERES.pdf>

Roberto J. Payró ya habló de Lovaina, e. o., en :

<http://idesetautres.be/upload/19140825-30%20PAYRO%20DESTRUCCION%20LOVAINA.zip>

« *Pocos días después de esta peregrinación a las ruinas más próximas a Bruselas, conseguí salir para Holanda* ». Ver :

PAYRO ; « *La Guerra vista desde Bruselas ; diario de un testigo. En Holanda (26-28)* » ; in LA NACION ; 28-30/12/1914.

Ilustraciones :

Cathédrale Saint-Rombaut de Malines : photographie de presse Agence Rol

<http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b69316499>

Autres photographies (Malines, Louvain) extraites de **HANOTAUX**, Gabriel ; **Histoire illustrée de la**

guerre de 1914 ; Gounouilhou, 1915 ; Tome 6,
Chapitre XVII, entre les pages 157 à 165.

<http://digicoll.library.wisc.edu/cgi-bin/History/History-idx?type=header&id=History.Hanotaux06>

Fuente, también interesante :

<http://warpress.cegesoma.be/fr>

Otra fuente, **general**, que merece la pena :

<https://www.google.com/culturalinstitute/project/first-world-war>